

El rojo y el negro

Miguel Fernández
Escritor y Periodista

Una de las primeras ediciones de *Zhizn natsionalnoitei*, el periódico soviético sobre problemas de las nacionalidades, previó ya «el despertar de las pasiones nacionalistas entre las tribus oscuras del Sudán, de Sudamérica y de Sudáfrica [tras] el derrumbe de los imperios coloniales»¹. Desde entonces el racismo quedó enfocado como consecuencia del capital en acción y se forjó la creencia de que los problemas raciales podían resolverse de un solo golpe marxista-leninista.

A poco de triunfar, Fidel Castro pronunció su histórica declaración sobre los derechos del hombre negro en Cuba², pero enseguida tuvo que comparecer por televisión y acallar el enemigo rumor de prioridad de los matrimonios interraciales: «la Revolución no iba indicarle a nadie con quien tenía que bailar». Mientras se echaba tierra socialista y daba pisón revolucionario al problema racial dentro de la isla, la proyección hacia el exterior se apoyó en el vínculo con el capitalismo. Uno de los documentos programáticos de la Revolución cubana (*Segunda Declaración de*

La Habana, 1962) esgrimió el racismo como punta de lanza contra la «neocolonialista» Alianza para el Progreso, que Washington acababa de diseñar para Latinoamérica: «¿Cómo han de creer en este imperialismo, en sus beneficios, en sus alianzas (que no sean para lincharlos y explotarlos como esclavos) estos núcleos étnicos preteridos, (...) esos 107 millones de hombres y mujeres de nuestra América, médula del trabajo en ciudades y campos, cuya piel oscura (negra, mestiza, mulata, india) inspira desprecio a los nuevos colonizadores».³

La propaganda militante no dejó de exacerbar las sensibilidades raciales de «los hermanos del norte, [quienes] no podían ocupar los mismos vehículos que sus compatriotas blancos, ni asistir a las mismas escuelas, ni morir en los mismos hospitales». Durante su intervención en la conferencia de la Organización de Estados Americanos (Punta del Este, agosto de 1961), Che Guevara presentó la desigualdad racial como justificación cardinal de la rebeldía en América Latina, pero no sólo planteó su erradicación como meta primordial del

movimiento revolucionario, sino también su enlace con la discriminación de los negros estadounidenses.

Uno de estos últimos, John Clytus, viajaría a Cuba hacia 1964. Puesto que no había sido invitado, la recepción distó de ser calurosa, pero al cabo consiguió trabajar como profesor de inglés en el Ministerio de Comercio Exterior (MINCEX) y como traductor en el periódico *Granma*. Dejó la isla en 1967 y no tardó en publicar sus experiencias en el libro *Black Man in Red Cuba* (Hombre negro en Cuba roja).

Clytus encontró que «no sólo el ministro y el viceministro [MINCEX] eran blancos, sino que también lo eran todos los supervisores de todos los departamentos. No necesité mucho tiempo para descubrir que, en cada uno de los 17 o más ministerios del país, los dos puestos principales estaban ocupados por blancos»⁴. Asimismo se dió cuenta de que *Granma* y los demás periódicos cubanos daban preferencia a los artículos sobre la inquietud racial en los EE.UU., pero escamoteaban cualquier alusión a sentimientos de identidad negra independiente dentro de la isla.

La tesis observada por Clytus entre cubanos guarda correspondencia con las críticas del africanólogo soviético I. I. Pothekin contra las nociones «negristas» del mandatario senegalés Leopold Sanghor y la corriente de pensamiento panafricanista.⁵ Clytus explicaría su retorno a los EE.UU. porque al menos podía protestar públicamente contra la discriminación racial y defender abiertamente las posiciones nacionalistas negras: «El comunismo, con su método benevolente de poner fin al problema racial condensando todas las razas en una sola raza humana grande y feliz, bajó definitivamente el telón sobre la conciencia negra».

Una periodista mulata, Elizabeth Shuterland, percibiría en la cúpula dirigente cubana las mismas señas raciales que alarmaron a Clytus. Ella visitó la isla cuando éste partía de regreso (1967) y pudo entrevistar a cubanos de todos los sectores sociales. Su informe sobre la cuestión racial en Cuba, *The Youngest Revolution*, recoge incluso el arrogante testimonio de que «la Revolución cubana es la única que vale la pena observar en este momento, con excepción de China, y Cuba es aún más interesante que China, porque la población tiene más mezcla racial»⁶.

Shuterland apreció cómo el común de las personas usaba epítetos raciales despectivos en la comunicación cotidiana, cómo los rostros negros brillaban por su ausencia en los medios de comunicación masiva y cómo la gente rebajaba los rasgos negroides o los valores culturales negros con sus equivalentes blancos. De ahí que refutara la presunción en boga dentro de los círculos socialistas, por lo menos desde que Harry King aseverara: «el problema racial cubano ha sido resuelto»⁷.

Para Shuterland, «la supremacía blanca, otra vieja idea enraizada en la antigua sociedad cubana, es tal vez el tema más delicado y confuso de cuantos pueden surgir allí hoy en día»⁸. No podía ser menos: muchos coincidieron con Gustavo Enrique Mustelier en que, a más tardar en un siglo, «la raza negra habrá desaparecido de nuestro ambiente. Quedará relegada a lo legendario y se hablará del negro como de una cosa que fue inactual y extinguida»⁹.

El triunfo de Castro (1959) dió pie al planteamiento definitorio de Fernando Ortiz: «Cuba está obligada a trabajar para la erradicación del racismo en todas sus manifestaciones [y] esto sería una de las más plausibles reformas sociales que con firmeza

y tacto puede hacer el presente gobierno revolucionario»¹⁰. Hacia 1967 Shuterland clasificó los más difíciles y urgentes problemas de Cuba «en tres categorías de las relaciones humanas: clase, raza y sexo, [que] parecían ofrecer a la Revolución retos sumamente difíciles y a largo plazo»¹¹. Para entonces el Congreso Cultural (La Habana, 1968) reconocía por fin que «el racismo no es, históricamente, un producto del imperialismo moderno, sino un vestigio ideológico del pasado».

En carta al intelectual cubano Walterio Carbonell, Carlos Moore admite que el negro avanzó más en Cuba castrista que en Cuba republicana (1902-58), pero en 1985 se urgió de nuevo a equilibrar la representación étnica (además de femenina y juvenil) en los diferentes niveles de la administración estatal con la proporción correspondiente en la población. Al clausurar el Congreso Pedagogía 2003, Castro reconoció que su revolución, «más allá de los derechos y garantías alcanzados para todos los ciudadanos de cualquier etnia y origen, no ha logrado el mismo éxito en la lucha por erradicar las diferencias en el status social y económico de la población negra del país».

Tanto el amigo como el enemigo del castrismo deben preguntarse indefectiblemente si el «camino cubano» del socialismo aporta la solución del problema racial o, en cambio, sucumbe a una de las tentaciones más apremiantes del discurso político de la modernidad: reducir varias cuestiones sociales a una sola (la revolución socialista) para darle cumplida respuesta e imaginar así la solución de las demás.

Un equipo informal de especialistas realizó este curioso experimento sociológico: (Habana Vieja, 1998) Dos parejas de varones jóvenes, uno blanco y otro negro, con igual indumentaria y apariencia personal caminarían por la calle Obispo desde la Plaza de Armas (junto al Castillo de la Fuerza) hasta la plazuela de Albear (en Monserrate, junto al restaurante Florida). Aquí serían recogidas por escrito las peripecias de la caminata.

Pese a que el experimento se repitió en distintos días de la semana y a diversas horas, los resultados distaron mucho de ser diferentes: mientras que los jóvenes blancos no afrontaban mayores dificultades en el trayecto, los negros fueron requeridos a menudo por la policía y obligados no sólo a identificarse, sino también a mostrar qué llevaban en sus mochila y portafolio, respectivamente.

NOTAS Y BIBLIOGRAFIA

- Zhizn natsionalnoitei*, No. 14, julio 16, 1921
Revolución, marzo 23, 1959
Revolución, febrero 5 de 1962
Clytus, John, *Black Man in Red Cuba* [Hombre negro en Cuba roja], Coral Gables: UM Press, 1970
Kommunist, No. 19, octubre-diciembre 1964
Shuterland, Elizabeth, *The Youngest Revolution*, Nueva York: Dial Press, 1969
King, Harry, *How Cuba Uprooted Race Discrimination* [Cómo Cuba desarraigó la discriminación racial], Nueva York: Pioneer, 1961
Shuterland, Elizabeth, *Ob. Cit.*
Mustelier, Gustavo E., *La extinción del negro*, La Habana: Rambla y Bouza, 1912
Ortiz, Fernando, *Noticias de hoy*, abril 4, 1959
11. Shuterland, Elizabeth, *Ob. Cit.*